

## Quevedo contra el perro de los ingenios de Castilla

Luciano López Gutiérrez  
Universidad Complutense

*Para Rodrigo, diestro, como don Francisco, en el manejo de pluma y espada, aunque eso, a veces, le haya causado algún problema.*

Yo te untaré mis obras con tocino,  
porque no me las muerdas, Gongorilla,  
perro de los ingenios de Castilla,  
docto en pullas, cual mozo de camino.

Apenas hombre, sacerdote indino,  
que aprendiste sin christus la cartilla;  
chocarrero de Córdoba y Sevilla,  
y, en la Corte, bufón a lo divino.

¿Por qué censuras tú la lengua griega  
siendo sólo rabí de la judía,  
cosa que tu nariz aun no lo niega?

No escribas versos más, por vida mía;  
aunque aquesto de escribas se te pega,  
por tener de sayón la rebeldía<sup>1</sup>.

La génesis de este soneto hay que buscarla, a tenor del verso 9, en otro de Góngora, en que el satírico cordobés se mofa cruelmente de don Francisco a propósito de su traducción de Anacreonte, que este ya tenía dedicada el 1 de abril de 1609, pero que no se publicó hasta 1794, aunque debió de difundirse a través de manuscritos:

<sup>1</sup> Ver *PO*, núm. 829. Siempre que cito poesías de Quevedo lo hago por esta edición y les asigno su número correspondiente.

Anacreonte español, no hay quien os tope,  
que no diga con mucha cortesía,  
que ya que vuestros pies son de elegía,  
que vuestras suavidades son de arrope. 5  
¿No imitaréis al terenciano Lope,  
que al de Belorofonte cada día  
sobre zuecos de cómica poesía  
se calza espuelas, y le da un galope?  
Con cuidado especial vuestros antojos 10  
dicen que quieren traducir al griego,  
no habiéndolo mirado vuestros ojos.  
Prestádselos un rato a mi ojo ciego,  
por que a luz saque ciertos versos flojos,  
y entenderéis cualquier gregüesco luego<sup>2</sup>.

Quevedo ya le respondió airado en su romance 828 tomando a su cargo su propia defensa y la de su admirado Lope de Vega, que también había sido blanco de la malicia de don Luis:

¿Qué te hizo Anacreonte  
en los versos castellanos,  
que le alabas cuando más  
pretendes vituperarlo?  
Sus «suavidades (llamaste)  
de arrope», y has acertado,  
que es mosto dulce, y él hizo  
dulce el mosto con su canto.  
Y el pobre Lope de Vega  
te lo llevaste de paso  
solo por llamarse Lope,  
de tu consonante esclavo.  
¿Qué te movió a poner lengua  
en dos ingenios tan raros,  
sin ser bacines ni pullas,  
que son vínculo a tus labios?

Pues bien, siguiendo esta misma línea, en este soneto que me dispongo a comentar, el escritor madrileño, además de tachar de osado e ignorante al poeta andaluz por atreverse a dictaminar u opinar sobre cuestiones relacionadas con la lengua griega (ya que esta acepción estimo que posee en el mentado verso 9 el verbo *cenurar*), concentra sus ataques en dos aspectos de la figura de Góngora: su presunta condición de cristiano nuevo; y su zafiedad, plebeyez, desvergüenza y malicia a la hora de practicar la sátira.

El primero de estos aspectos ha sido suficientemente señalado por los diferentes filólogos que han anotado el poema: ya en el primer verso se alude a la prohibición que habían de observar los

<sup>2</sup> Ver Góngora, *Antología poética*, ed. Carreira, pp. 157-58.

judíos de comer carne de cerdo, animal vedado por su religión; en el quinto se señala que el poeta aprendió a leer en una cartilla que carecía de *christus*, definido por *Autoridades* como «la cruz que precede al abecedario u alfabeto en la cartilla; y enseña que en su santo nombre se han de empezar todas las cosas»; en el primer terceto se le denomina rabí 'maestro entre los hebreos' al paso que se asocia su apéndice nasal con los semitas; y en fin, en el último, se le tilda de escriba 'doctor en las Sagradas Escrituras hebreas', y de sayón 'verdugo'.

Sin embargo, el segundo de los aspectos citados arriba no ha recibido una explicación tan detallada, al menos que yo sepa, por parte de la crítica; por lo que creo que merece un desarrollo más amplio.

En efecto, los preceptistas auriseculares caracterizan la sátira como un tipo de literatura morata, es decir, como una manifestación literaria que pretende reformar las costumbres de la sociedad en que se genera. Ahora bien, tienen especial cuidado en dejar claro que su función no es el insulto, el improperio, la ofensa o la fustigación del individuo, por lo que explícitamente indican que estas producciones literarias deben rehuir la provocación del daño personal, tan solo persiguen erradicar el vicio:

La nueva sátira es imitación de una viciosa o vituperable acción, con versos puros y desnudos, para enmendar la vida. Entienda, pues, el satirógrafo que no es su oficio el decir mal y morder<sup>3</sup>, como fin desta poesía, sino corregir vicios y costumbres malas, notando a unas y otras personas dignas de reprehensión con disimulados nombres, si no son de vil y baja condición, que estos apenas pueden recibir afrenta, o si no se trata de muertos, y principalmente de aquellos que fueron extranjeros o de remota patria<sup>4</sup>.

En este mismo sentido, los citados preceptistas consideran que los poetas satíricos han de cuidar mucho el lenguaje que emplean en sus obras, de tal modo que deben eliminar totalmente las expresiones groseras y malsonates, en especial las de carácter escatológico, obsceno o deshonesto:

No es malo Juvenal, y sé yo quien le pone en primer lugar (entre los satíricos), y aun yo le pusiera si no tuvieran sus metros algunos lenguajes pocos que parecen afean a todo el resto; yo estoy muy bien con los poetas académicos que aman y buscan mucha vergüenza en palabras y

<sup>3</sup> Relaciónese este término con el segundo verso del soneto objeto de mi comentario.

<sup>4</sup> Ver Cascales, *Tablas poéticas*, p. 180.

todo, que no es bien que el que predica hermosura en las costumbres, sea feo en sus pláticas<sup>5</sup>.

Incluso había alguno, como Alfonso de Carballo, que consideraba lícito satirizar a alguien en burla o juego, siempre y cuando no se tuviera la intención de causar ningún daño al satirizado y se emplearan para ello expresiones indirectas, que sirvieran para que los autores de estas bromas, de mejor o peor gusto, hicieran alarde de su ingenio, de su habilidad para el ejercicio del donaire y la agudeza:

¿Las sátiras en burla o juego, especialmente entre amigos para entretenerse que llaman matracas o apodosos son permitidas?

Sí son, como no sean con ánimo de ofender, ni de dar pesadumbre, ni maliciosas que llaman purezas, sino solo con intento de entretenerse, mostrar ingenio y dar gusto. Y para esto es menester mucha gracia natural, porque no se han de decir las cosas al descubierto, como decir sois tuerto, o corcovado, sino con cierta cubierta, como tratando de motejar se dice en un librito de entretenimiento, que un motejador para llamarle a otro corcovado le dijo temprano habéis cargado, y el otro le respondió, y bien temprano, pues no habéis abierto más de una ventana, motejándole de tuerto, así que de semejantes alegorías, comparaciones y símiles se ha de usar en estos dichos satíricos, procurando dar a entender el concepto, que acá tenemos en nuestro entendimiento sin echarlo por la boca<sup>6</sup>.

Pues bien, ninguna de estas condiciones cumplen las pullas ni las chocarrerías o bufonadas, en las que, según el autor del soneto que estoy comentando, Góngora era un especialista consumado.

Una buena prueba de la agresividad que tenían las primeras nos la ofrece el humanista Francisco del Rosal al tratar de dilucidar su etimología:

Pulla que solían decir pellico. No es de Apulia, provincia de Nápoles como algunos pensaron, sino de pilo, que en latín es arma arrojadiza, como azagaya o saetilla, garrochón, o garrocha, o vara, y llamáronla pe-

<sup>5</sup> Ver López Pinciano, *Filosofía antigua poética*, vol. 3, pp. 234-35. En idéntico sentido se pronuncia Boileau en su *Arte poética*, p. 130: «Régnier, discípulo ingenioso de estos sabios maestros (los satíricos latinos), único que hay entre nosotros formado sobre su modelo, tiene aún gracias nuevas en su viejo estilo. ¡Felices, si sus discursos temidos por el casto lector, no se resintieran de los lugares que frecuentaba el autor, y sí, por el sonido atrevido de sus rimas cínicas, no alarmase con frecuencia las orejas púdicas! El latín con sus palabras escandaliza la honestidad, pero el lector francés quiere ser respetado; la libertad del menor sentido impuro le ultraja, si el pudor de las palabras no suaviza la imagen. Quiero en la sátira un espíritu de candor y evito a un descarado que predica el pudor». Ver también a este respecto, Chevalier, 1999, pp. 69-75.

<sup>6</sup> Ver Carballo, *El cisne de Apolo*, pp. 67-68.

llico, pullo o repullo; y de allí pulla la palabra que se siente y escuece; y así dicen echar o arrojar pullas, como al toro, y picarse con ellas<sup>7</sup>.

Efectivamente, creo que las pullas tienen su origen en prácticas de cosecha y vendimia, lo que explica su carácter ofensivo, obsceno<sup>8</sup> y escatológico, que, de alguna manera, las emparenta con los versos fesceninos a los que alude Horacio en su famosa *Epístola II*:

Agricolae prisci, fortes parvoque beati,  
condita post frumenta levantes tempore festo  
corpus et ipsum animum spe finis dura ferentem  
cum sociis operum et pueris et coniuge fida  
tellurem porco, Silvanum lacte piabant,  
floribus et vino Genium memorem brevis aevi.  
Fescennina per hunc inventa licentia morem  
versibus alternis opprobia rustica fudit<sup>9</sup>.

Así pues, no es de extrañar que dispongamos de varios textos auriseculares que asocian las susodichas pullas con las bromas, no exentas de crueldad ni de zafiedad, que los viajeros cruzaban entre ellos por los caminos, o que campesinos y vendimiadores intercambiaban entre sí o dirigían a los pasajeros que la casualidad hacía que topasen con ellos en los campos en estos periodos de recolección:

Las palabras burlescas en forma de injuria dice pullas el castellano, como usan los caminantes que se encuentran y los rústicos que están en sus labranzas para con los pasajeros, diciéndoles voces deshonestas y haciéndoles preguntas<sup>10</sup> engañosas y réplicas sucias premeditadas<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> Rosal, *Diccionario etimológico*, ver *pulla*.

<sup>8</sup> De semejante condición de las pullas da buena cuenta Covarrubias: «Es un dicho gracioso, aunque algo obsceno, de que comúnmente usan los caminantes cuando topan a los villanos que están labrando los campos, especialmente en tiempos de siega o vendimias. Y llamóse pulla de la Apulla, tierra de Nápoles, donde se empezó a usar y de allí se ha extendido a todo el mundo». Ver, entre otros, Polo de Medina, *Obras completas*, ed. Valbuena Prat, p. 368: «El clavel, sangre olorosa, / el más purpúreo galán, / más colorado que pulla / o que un vergonzoso está». Ya es sabido que en los Siglos de Oro se asociaba el color rojo con la lascivia como ahora el verde.

<sup>9</sup> Tomo la cita de Caro Baroja, 1984, pp. 23-24.

<sup>10</sup> Del carácter dialogado de las pullas, consistente en hacer una pregunta de respuesta evidente para que se te diera pie a introducir la contestación grosera que se tenía premeditada, se da una clara muestra en el siguiente texto sacado de los *Dialogos apazibles* de Franciosini (Venezia, 1626), que tomo de Chevalier, 1984, p. 132: «Pulloncillo è il diminutivo di Pulla, che vuol dire un detto, o domanda, alla quale havendo noi à rispondere per necessitá, rimanghiamo poi burlati della conseguenza della nostra risposta». Ver también Crawford, 1915, pp. 150-64.

<sup>11</sup> Luis Galindo, *Sentencias filosóficas*. Reproduzco la cita de Chevalier, 1984, pp. 130 y ss. Ver, asimismo, Cascales, *Cartas filológicas*, vol. 2, pp. 132-33: «Salida

De ahí que una estudiosa del léxico de la burla en los Siglos de Oro tan destacada como Monique Joly<sup>12</sup>, señale, a mi juicio con certeza, el marcado carácter carnavalesco que tenían las pullas<sup>13</sup>, pues su condición de dichos groseros y desahogados explican su aparición en periodos del año (cosecha, vendimias), donde se permiten ciertas licencias tan solo tolerables en estas épocas; o en coyunturas (viajes, ventas) que propician una desinhibición por el anonimato que comportan<sup>14</sup>.

Idéntico sentido peyorativo tenían las chocarrerías, expresiones groseras y disparatadas propias de los chocarreros o bufones, hasta tal punto que en algún texto aurisecular, como el siguiente del padre Pineda, aparecen asimiladas a las pullas:

¿Habéis estado alguna vez en las viñas en tiempo de vendimia?  
—Muchas, por gustar de las chocarrerías y pullas que se dicen los vendimiantes, que ni llevan pies ni cabeza<sup>15</sup>.

En este mismo sentido, según atestigua el lexicógrafo Covarrubias a propósito de la etimología de *bufón*, las bromas características de los truhanes sobresalían por su malicia y carácter licencioso:

Es palabra toscana y significa el truhán, el chocarrero, morrión o bobo. Púdose tomar de la palabra latina *bufō -onis*, por el sapo o escuerzo, por otro nombre rana terrestre, venenata, que tales son estos chocarreros, por estar echando de su boca veneno de malicias y desvergüenzas, con que entretienen a los necios e indiscretos<sup>16</sup>.

la novia de la casa, la entraban en un coche, donde el desposado la llevaba a su casa, y, puestos en el tálamo, pasaban alegremente la noche, y en tanto la casa estaba llena de gente haciendo fiestas y diciendo palabras, que llamaban fesceninas, torpes y deshonestas, cuales suelen decirse los segadores de La Mancha en su agosto, y cuales se suelen decir en la temporada de Murcia entre los cogedores de hoja y pasajeros». En efecto, en lo que respecta a la vigencia de las pullas en las llanuras manchegas en el primer cuarto del XVII, tenemos el testimonio de Castillo Solórzano, *Donaires del Parnaso*, ed. Diego Flamenco, 1624, fol. 68v: «Por esos caminos voy, / que ya pródigos abundan, / si no de fuentes risueñas, / de chanzonetas y pullas. / Porque, ocupando las hazas, / ya la segadora chusma / tantas espigas derriba, / cuantas malicias pronuncia». Sobre manifestaciones más modernas de las prácticas de las pullas, ver Luciano López Gutiérrez, 1999, pp. 27-30 y Godino López, 2001, p. 81.

<sup>12</sup> Joly, 1982, pp. 247-67.

<sup>13</sup> No se olvide lo que señala *Autoridades*, a propósito de ellas: «Se suelen usar entre las familias por burla de Carnestolendas».

<sup>14</sup> El trabajo de esta investigadora es el más competente sobre la prácticas de las pullas en los Siglos de Oro de que yo tenga noticia.

<sup>15</sup> Pineda, *Diálogos de agricultura cristiana*, p. 269.

<sup>16</sup> Ya Cicerón en *De officiis* distinguía entre dos maneras de practicar las burles: una vulgar, ignominiosa y obscena; y la otra; elegante, propia de la gente educada, ingeniosa y pulida. En este mismo sentido, Fernando Bouza, 1991, pp. 92-98, a propósito de la consideración de la risa en el mundo palaciego en los

Así pues nada tiene de extraño que Quevedo, en vista de que las bufonadas o chocarrerías, se distinguen por su poca agudeza y discreción, nos haya dejado textos en que se tilda de frialdad, o falta de gracia a los susodichos albardanes, así como de practicar la adulación, tal como se puede comprobar en el siguiente entresacado del *Sueño del infierno*:

Señor, este frío es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarreros, hombres por demás y que sobran en el mundo, y que están aquí retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta que templaría el dolor del fuego.

Pedíle licencia para llegar a verlos. Díomela y, calofriado, llegué y vi la más infame cáfila del mundo y una cosa que no habrá quien la crea: que se atormentaban unos a otros con las gracias que habían dicho acá. Y entre los bufones vi muchos hombres honrados, que yo había tenido por tales. Pregunté la causa y respondiome el diablo que eran aduladores y que por esto eran bufones entre cuero y carne. Y repliqué yo cómo se condenaban, y me respondieron que como se condenan otros por no tener gracia, ellos se condenan por tenerla o quererla tener<sup>17</sup>.

Pues bien, creo que la voz *perro* que aparece en el segundo verso de nuestro soneto hay que interpretarla, igual que *pulla*, *bufón* o *chocarrero*, como dirigida a criticar la manera que tenía Góngora de cultivar la sátira, caracterizada, a decir del autor del poema que estoy comentando, por su mal gusto, desenvoltura y malicia.

No se me oculta, sin embargo, que los editores del soneto, algunos de ellos eximios quevedistas cuyo nombre por sí solo se alaba<sup>18</sup>, son partidarios de considerar que *perro de los ingenios de Castilla* se utiliza aquí como parodia de expresiones del tipo de *príncipe de los ingenios* o *príncipe de los poetas*, y, prioritariamente, con el fin de aludir al supuesto origen judaico de Góngora, para lo que se puede traer a la palestra la siguiente acepción recogida por *Autoridades*: «Metafóricamente se da este nombre por ignominia, afrenta y desprecio, especialmente a los moros y judíos»<sup>19</sup>.

Ahora bien, me parece que hay razones sintácticas, semánticas y contextuales que dificultan que se pueda atribuir a *perro* como acepción principal la mencionada arriba, aunque no sea absolu-

Siglos de Oro, diferencia entre la provocada por los discretos cortesanos, verdaderos *homines faceti*, caracterizada por el uso de las sales, el donaire y la agudeza; y la provocada por las sabandijas de palacio, hombres de burlas y fisgas, marcada por su carácter soez, mordaz e hiriente.

<sup>17</sup> Quevedo, *Sueños*, ed. Maldonado, Madrid, 1972, p. 118.

<sup>18</sup> Ver, principalmente, Arellano, 1984, núm. 829, Quevedo, *Poesía varia*, ed. Crosby, 1988, p. 554.

<sup>19</sup> Sobre la presencia de los animales en la poesía quevediana, ver Arellano, 1999, pp. 13-51.

tamente descartable como secundaria. En efecto, en primer lugar, creo que el sintagma de marras, a la inversa de los anteriormente citados *príncipe de los poetas* o *príncipe de los ingenios*, indica que estamos ante una construcción en que la extensión semántica del sustantivo que funciona como núcleo del término del sintagma preposicional no incluye la del sustantivo regente, es decir, que es inadmisibles que se pueda considerar a Góngora como ingenio de Castilla, tanto más cuanto en el momento en que prendió la chispa de la rivalidad entre el poeta cordobés y Lope, frecuentemente esta se mostraba también como una disputa entre Castilla y Andalucía, representadas, respectivamente, por sus ríos más característicos: el Tajo y el Guadalquivir.

Recuérdese que Góngora en un romance muy temprano se había burlado del río toledano aludiendo a que nacía de una fuente en la que se orinaba un risco, poema que fue contestado agriamente por Lope en su romance «Bien parece, padre Tajo», donde se leen versos tan duros como los siguientes:

Gran locura fue querer  
saber si sois bien nacido,  
y de las sierras de Cuenca  
daros por asiento el sitio.  
Y por ser desto fiscal  
Guadalquivir el morisco,  
que a lo menos, si es hidalgo  
no lo dice el sobrescrito,  
con vos se quiere igualar  
y con su árabe apellido,  
que a pesar de tantos tiempos,  
guardáis el nombre latino;  
con vos, que entráis en la Iglesia  
viviendo en aljibes fríos,  
sin que el estatuto os eche  
por hereje ni judío.  
No importa que vos reguéis  
amacenas y membrillos,  
pues él riega seca arena,  
yerba, adelfas y lentiscos<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> Tomo la cita de Orozco, 1975, pp. 64-65. Este mismo investigador, a propósito de las relaciones entre Lope y Góngora puntualiza un poco más adelante, p. 78: «Dos temperamentos tan distintos, uno noble, otro del pueblo, con sus instintivas posturas de castas de cristiano viejo y de cristiano nuevo, asentados sobre dos posturas tradicionalmente contrarias —castellano y andaluz—, que se habían colocado en estas escaramuzas como rivales y que se sentían atraídos por dos formas de poesía distintas, era difícil que se llegaran a entender, y menos aún a tratarse con amistosa cordialidad». Ver también Carreira, 1995, p. 95.



Así las cosas, en relación a los dos primeros versos del poema, me parece que lo lógico no es considerar que Góngora puede ser tenido por un perro con respecto a los ingenios de Castilla precisamente por no morder las obras untadas con tocino, sino más bien que el escritor cordobés es tachado de judío por no probar el tocino, alimento vedado para los de esa ley, a pesar de ser un perro, y, por lo tanto, caracterizarse por morder y ladrar a los poetas castellanos, habida cuenta de las acepciones que señala *Autoridades*, respectivamente, para ambas voces: «Metafóricamente vale murmurar o satirizar, hiriendo y ofendiendo en la fama o crédito» y «vale también murmurar o hablar con rabia o enojo contra alguno».

En efecto, pienso que *perro de los ingenios de Castilla* es una construcción equivalente a otras que posee nuestro idioma, como *martillo de herejes*, *verdugo de los poetas* o *látigo de los intelectuales*, en las que un vocablo regente que tiene connotaciones de 'hostilidad' indica que se ejerce una agresión contra los seres a los que se refiere el sustantivo precedido de la preposición *de*<sup>21</sup>.

Así pues, creo que en el texto *perro* se refiere simbólicamente a un individuo que ejerce la sátira contra los ingenios de Castilla de forma brutal, desinhibida, cruel, despiadada y maliciosa, acepción que se puede corroborar con la asociación que se hace de este animal con los filósofos y escritores de tendencia cínica, a tenor de lo que comenta Covarrubias al glosar esta última voz:

El que sigue la secta de los filósofos cínicos; dichos así del nombre griego *kuvikós*, *cynicus*, id est, *caninus*, *mordax*, *inverecundus*, unde *cyniqui philosophi dicti sunt, quod canum ritu inverecundi essent et maxime libere in hominum vitas inveherentur qualis fuit Menippus apud Lucianum; haec Lexicon Graecum*. Diógenes fue desta secta. Eran sucios, porque de ninguna cosa se recataban, teniendo por lícito todo lo que era natural y que se podía ejecutar públicamente, como era el proveerse y el ayuntarse con las mujeres y cosas a este tono, ultra de que de todos decían mal, echando sus faltas en la calle. ¡Plega a Dios que no haya agora otros Menipos y Diógenes cínicos!

Y además, me parece que este significado metafórico del término en cuestión viene refrendado por los siguientes versos del poema 639 de Quevedo, con que el escritor madrileño se dirige a un tal Polo, a decir de Astrana Marín Catedrático de la Universidad de Valladolid, porque se ha atrevido a sugerirle que se case:

<sup>21</sup> Entre otras muchas cosas, debo a la filóloga Araceli Godino, antes citada a propósito de las pullas, la invención del sintagma *genitivo de hostilidad* para nombrar estas construcciones, muy frecuentes, por otra parte, en sus bellísimas, si bien libérrimas, traducciones del latín.

Si tú fueras, ¡oh Polo!, buen cristiano,  
pensara que el casarme lo hacías  
reputándome a mí por luterano,  
y que, por castigar blasfemias mías,  
querías ponerme tal verdugo al lado,  
que atormentase mis caducos días.

Y a casarme, casárame fiado  
de que, estándolo tantos tus parientes,  
habréis las malas hembras agotado.

Ya te pesa de verte entre mis dientes;  
ya te arrepientes del pasado yerro;  
ya vuelves contra mí cuernos valientes;  
ya, por tanto ladrar me llamas perro;  
yo cuelgo, cual alano de tu oreja,  
y tú, bramando, erizas frente y cerro.

¡Qué a propósito viene la conseja  
que del canino Diógenes famoso  
quiero contarte, aunque parezca vieja!

Yendo camino un día, presuroso,  
vio una mujer bellísima ahorcada  
de las ramas de un álamo pomposo;  
y, después que la tuvo bien mirada,  
con lengua, como siempre, disoluta,  
dijo (digna razón de ser contada):

«Si llevaren de aquesta misma fruta  
cuantos árboles hay, más estimadas  
fueran sus ramas de la gente astuta.

## Bibliografía

- Arellano, I., *Poesía satírico burlesca de Quevedo*, Pamplona, Eunsa, 1984.
- Arellano, I., «Los animales en la poesía de Quevedo», en *Rostrros y máscaras. Personajes y temas de Quevedo*, ed. I. Arellano y J. Cannavaggio, Pamplona, Eunsa, 1999, pp. 69-75.
- Boileau, N., *Arte poética*, ed. A. González, Madrid, Editora Nacional, 1977.
- Bouza, F., *Locos, enanos y hombres de placer en la corte de los Austrias*, Madrid, Temas de Hoy, 1991.
- Caro Baroja, J., *Estío festivo*, Madrid, Taurus, 1984.
- Carballo, A. de, *El cisne de Apolo*, ed. A. Porqueras Mayo, Madrid, CSIC, 1958.
- Carreira, J. A., «Nuevos textos y viejas atribuciones en la lírica áurea», *Voz y Letra*, 1, 2, 1999, pp. 15-143.
- Cascales, F., *Tablas poéticas*, ed. B. Brancaforte, Madrid, Espasa Calpe, 1975.
- Cascales, F. de, *Cartas filológicas*, ed. J. García Soriano, Madrid, Espasa Calpe, 1940, 3 vols.
- Castillo Solórzano, A. de, *Donaires del Parnaso*, Madrid, Diego Flamenco, 1624.
- Chevalier, M., *Tipos cómicos y folklore*, Madrid, Edi-6, 1982.
- Chevalier, M., «Motejados y personajes. Sátira y novela», en *Rostrros y máscaras. Personajes y temas de Quevedo*, ed. I. Arellano y J. Cannavaggio, Pamplona, Eunsa, 1999, pp. 69-75.
- Crawford, «Echarse pullas. A popular form of Tenzone», *Romanie Review*, 6, 1915, pp. 150-64.
- Godino López, A., «La celebración de la risa, los pliegos de cordel de la colección del CSIC», incluido en *Palabras para el pueblo*, ed. L. Díaz Viana, Madrid, 2001, vol. 2, pp. 71-87.
- Góngora y Argote, L., *Antología poética*, ed. J. A. Carreira, Madrid, Castalia Didáctica, 1987.
- Joly, M., *La bourle et son interpretation*, Toulouse, Université de Lille III, 1982.
- López Gutiérrez, L., «Prácticas de cosecha y vendimia en Tierra de Campos: manadas, lagaradas y púas», *Revista de Folklore*, 223, 1999, pp. 27-30.
- López Pinciano, A., *Filosofía antigua poética*, ed. A. Carballo Picazo, Madrid, CSIC, 3 vols.
- Orozco, E., *Lope y Góngora frente a frente*, Madrid, Gredos, 1975.
- Pineda, P., *Diálogos de agricultura cristiana*, Madrid, Madrid, Rivadeneyra, 1915, BAE, vol. 161.
- Polo de Medina, S. J., *Obras completas de Salvador Jacinto Polo de Medina*, ed. Á. Valbuena Part, Murcia, Tip. Sucesores de Nogués, 1948.
- Quevedo, F. de, *Poesía varía*, ed. J. O. Crosby, Madrid, Cátedra, 1988.
- Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1990.
- Quevedo, F. de, *Sueños y discursos*, ed. F. C. R. Maldonado, Madrid, Castalia, 1972.
- Rosal, F. del, *Diccionario etimológico: alfabeto primero de origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana*, ed. E. Gómez Aguado, Madrid, CSIC, 1992.